

# LA BELLEZA

Hugo McCord



A los seres humanos les fascina no sólo la existencia y las rotaciones de la Luna, sino también su belleza. La Luna cumple un propósito utilitario al regular los meses y las mareas, y también cumple un propósito estético para los moradores de la Tierra. Aparentemente, al mirarla de cerca, no es ni utilitaria ni bella; sin embargo, a trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros de distancia, su amarillento cuarto creciente, o su blanco esplendor cuando llena, algo produce en todos, especialmente en los enamorados. ¿Tuvo el Hacedor de la Luna algo presente para los moradores de la Tierra tanto en lo práctico como en lo estético?

Cuando uno quita su mirada de la Luna, para ponerla de nuevo en la Tierra, y examina una rosa, varias preguntas se suscitan: ¿Cómo llegó a ser? ¿Por qué está tan simétricamente formada, tan bellamente coloreada y tan delicadamente perfumada? Si esto no tiene valor práctico, ¿tuvo, entonces, el Hacedor de la rosa alguna apreciación de las cosas bellas? ¿Puso en los humanos un sentido correspondiente de apreciación de la simetría, de los colores y de las fragancias?

Si uno se pusiera a enumerar las cosas hermosas, se llegaría a agotar. Mucho antes de que las manzanas del Valle de Shenandoah, del estado de Virginia, lleguen a ser alimento utilitario, ese valle ya es, durante la floración, más de lo que un artista puede imaginar. También, la primavera en las Montañas Rocallosas tiene algo más que de minería y de ganadería. Un amanecer junto al mar es más que otra rotación de la Tierra.<sup>1</sup> Los cantos del ruiseñor, la fragancia de la violeta, la sonrisa de un amigo y el destello en los ojos de un ser querido: Cada uno de estos tiene un atractivo difícil de definir, pero que es encantador y real.

«El hombre tiene impulsos estéticos que, aunque varían en intensidad de un individuo a otro, aparecen en diversas manifestaciones en medio de todos los pueblos».<sup>2</sup> F. R. Tennant escribió:

Desde lo que se ve en escala telescópica hasta en lo que se ve en escala microscópica, desde el cielo estrellado hasta en el esqueleto de silicio de la diatomea, en sus partes internas así como en la superficie, en las flores que «florecen sin ser vistas» y en gemas que «esconden insondables cavernas del océano», la naturaleza es sublime o hermosa, y las excepciones no hacen sino probar la regla.<sup>3</sup>

Tanto Platón como Aristóteles se ocuparon de la discusión sobre la belleza. Immanuel Kant escribió muchas páginas en «La crítica del juicio estético», en las cuales demostró que «el juicio del gusto» que hace el hombre, ha de ser claramente distinguido del «Entendimiento o la razón».<sup>4</sup> Kant, no menos que Hume, era devoto de la razón pura. Más que David Hume, era devoto de «la ley moral que hay dentro del hombre». Tal vez más que a cualquier mortal, a Kant le entusiasmaba y le intrigaba la belleza de los «cielos estrellados».

La vida es real, y la belleza también lo es. Por lo tanto, parece lógico que el Creador de ambas debe de estar vivo y debe de tener sentido de la estética. Aparentemente, sólo los humanos tienen una facultad contemplativa que puede corresponder a la belleza. William H. Davis, profesor de Filosofía de la Auburn University, observó: «¡El hombre es el único animal que decora su entorno, y todos los hombres lo hacen!». Por lo general no se puede asignar valor práctico alguno al arte decorativo, ni a los objetos de belleza; pero en la belleza hay «intención que, a nuestro juicio», dijo Kant, «no se refiere a intención alguna».<sup>5</sup> Un teísta no tiene dificultad alguna para explicar, ya sea la existencia de la belleza, o la de la apreciación de esta, pero un evolucionista —aferrado a la doctrina de «la supervivencia del más apto»— no encuentra nada que decir. El evolucionista Thomas H. Huxley fue muy sincero sobre esta dificultad, cuando dijo:

Si algo me fortalece contra el pesimismo, y que habla de un autor benevolente del universo, ello es el placer que tomo en los paisajes y en la música. No veo cómo pudieron haber contribuido en la lucha por la existencia. Son dones gratuitos.<sup>6</sup>

Tennant, un filósofo erudito y elocuente, dijo: «Hay hombres que entran en el templo por la Puerta Hermosa». No dudó en enumerar la belleza como uno de los pilares sólidos del teísmo.

La universalidad de la belleza de la Naturaleza —para hablar como si la belleza fuera lo mismo para todos, y como si fuera intrínseca— es una generalización más o menos comparable con la uniformidad de las leyes naturales. El hecho de que los objetos naturales evoquen sentimientos estéticos es una verdad acerca de ellos tanto como lo es que obedecen a las leyes del movimiento, o que tienen tal y cual composición química.

Si «Dios hizo el campo» y «el hombre hizo la ciudad [...] tenemos una posible explicación de estas cosas; pero si el teísmo contenido en la anterior declaración es rechazado, no parece haber otra explicación».<sup>7</sup>

---

<sup>1</sup> La explicación científica de un amanecer en el mar deja mucho que desear: «La Tierra rota hasta que su plano tangencial coincide una vez más con el acimut solar».

<sup>2</sup> Loren Eiseley, *The Immense Journey (El inmenso viaje)* (New York: Random House, 1962), 65.

<sup>3</sup> F. R. Tennant, *Philosophical Theology (Teología filosófica)* (Cambridge: University Press, 1930; reprint, 1956), 2:91–92.

<sup>4</sup> Immanuel Kant, “Critique of Judgement” («Crítica del juicio»), en *Kant Selections (Selecciones de Kant)*, ed. Theodore Meyer Greene (New York: Charles Scribner’s Sons, 1957), 387.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, 408.

<sup>6</sup> Thomas H. Huxley, *Collected Essays (Ensayos seleccionados)*, vol. 2, *Darwiniana* (Westport, Conn.: Greenwood Publishing Group, 1970), 478.

<sup>7</sup> Tennant, 2:91–92.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS